

Göran Therborn, *LA DESIGUALDAD MATA*,
Alianza Editorial, 2015 (216 p.),
ISBN: 978-84-206-9935-6

Jordi Roca Jusmet¹

Universitat de Barcelona

Este libro es una traducción -excelente- del que se publicó en versión inglesa en 2013 con el título *The Killing Fields of Inequality*. El propósito es analizar las diferentes dimensiones de la desigualdad humana adoptando una perspectiva histórica, mundial y, además, discutiendo también posibles escenarios futuros. La temática es tan amplia -iy para un libro de unas doscientas páginas!- que sería injusto centrarse en aspectos importantes que no aparecen en el texto o que se tratan de forma demasiado rápida.

Un libro así debe juzgarse por la capacidad de aportar ideas, conceptos e intuiciones inteligentes y de presentar datos poco conocidos o de presentarlos de forma novedosa. Con esta perspectiva mi opinión es que el resultado es satisfactorio.

El autor toma como referencia los conceptos de capacidad para funcionar plenamente como ser humano, de Amartya Sen, y de vida digna, de Martha Nussbaum, para plantear una perspectiva de la desigualdad mucho más amplia que la del análisis exclusivo de las diferencias de renta (y/o de riqueza). Para él, la desigualdad es un concepto multidimensional. La discusión del libro se estructura diferenciando tres tipos de desigualdad: vital, existencial y de recursos. Es una clasificación en la que las fronteras entre estos tipos de desigualdad son algo difusas, y existen muchas interrelaciones, pero resulta sugerente y útil en la medida en que los avances o retrocesos en estas formas de desigualdad pueden ser de magnitud -y también de signo- diferente.

La desigualdad vital tiene que ver sobre todo con aspectos como la nutrición o la salubridad de las condiciones ambientales y los efectos principales de las desigualdades se manifiestan en indicadores como la esperanza de vida o el desarrollo corporal.

¹ jordiroca@ub.edu. Agradezco a María Bretones sus comentarios.

En este terreno, como en los demás, no hay (¡sería imposible!) un análisis exhaustivo de datos pero sí una visión de largo plazo según la cual desde hace bastantes siglos y hasta más o menos 1950 las desigualdades entre "países occidentales" y el resto del mundo habrían aumentado para disminuir posteriormente. Sin embargo, hacia 1990 dos fenómenos habrían interrumpido esta tendencia general de reducción de la desigualdad entre países: la expansión del SIDA, que en algún país africano hizo caer la esperanza de vida en 15 años; y los efectos del desmoronamiento de la Unión Soviética que ocasionó una gran mortalidad, sobre todo de los hombres cuya esperanza de vida disminuyó en siete años en los tres años posteriores a la caída de la URSS.²

Donde el autor se muestra más pesimista es en las desigualdades de esperanza de vida entre grupos sociales que no solo son muy elevadas ("En Londres la brecha en la esperanza de vida entre la clase media alta de Chelsea y Kensington y la pobre de Tottenham Green es actualmente de diecisiete años, equivalente a la que existe entre el Reino Unido y Myanmar" (p.89)), sino en muchos casos crecientes (en la página 119 leemos que la diferencia en la esperanza de vida entre distritos aumentó en Londres en varios años durante el gobierno del "nuevo laborismo"). El autor se pregunta también cómo es posible que las diferencias de mortalidad entre los adultos de diferentes niveles de educación sean aún tan grandes en los comparativamente muy igualitarios países europeos nórdicos y muchos lectores se enterarán por primera vez que las diferencias son más grande en Suecia que en Francia y mucho mayores que en España lo que seguramente se explica sobre todo por los hábitos alimentarios (p.145).

La desigualdad existencial, asociada a los seres humanos como personas, tiene que ver con aspectos de autonomía, respeto y libertad y tiene multitud de manifestaciones: "el confinamiento de las mujeres, sometidas por el patriarcado y el sexismo; los pueblos colonizados; la explotación de las clases bajas por las altas; los pueblos indígenas; los emigrantes y las minorías étnicas gobernadas por *Herrenvölker* (razas dominantes); las personas con discapacidades o lesiones permanentes o simplemente los indigentes tiranizados por los funcionarios de los albergues y por las autoridades socio-médicas paternalistas; los homosexuales encerrados en el armario por heterosexuales intolerantes; y las castas "contaminadas", que ocupan los peldaños más bajos en la mayor parte de las jerarquías, pisoteados por las castas superiores" (p.59).

En este terreno el autor afirma: "El avance en la igualdad existencial en el mundo es uno de los grandes triunfos del último siglo, aunque esté lejos de completarse y no sea irreversible en todos los lugares" (p. 146). Destaca sobre todo la caída del *apartheid* en Sudáfrica y el avance en el reconocimiento de las poblaciones indígenas en diversos lugares de Latinoamérica, los avances en los derechos de las mujeres y de los homosexuales en gran parte del mundo y la visibilización de los discapacitados. Su optimismo es matizado y nos recuerda las grandes desigualdades aún existentes y los retrocesos en algunos lugares.

A pesar de los matices, el análisis suena a veces excesivamente optimista. Veamos una de sus explicaciones a este avance: "¿Cuál es el motivo de que, hasta ahora, la tendencia hacia la igualdad existencial se haya mantenido pero no haya ocurrido lo mismo con la encaminada a la igualdad de los recursos? Una diferencia básica entre ambas es que la segunda es un juego en el que uno gana y el otro pierde y la primera no necesariamente (...). La igualdad existencial no cambia por sí misma las ventajosas condiciones de vida de los potentados, a menos que sean unos sádicos" (p. 152). Es cierto que podemos imaginar una sociedad extremadamente desigual a nivel de renta sin ningún tipo de discriminación existencial y que algunas opresiones no ocasionan claros beneficios a nadie. Sin embargo, en el mundo real

² En el momento de cerrar este artículo aparece la noticia de que se confirma una caída de la esperanza de vida en los EEUU (cuyo nivel ya era significativamente más bajo que en la media de la OCDE): entre 2014 y el 2017 habría descendido de 78,9 años a 78,6 años. Una caída muy leve pero sin precedente desde la Segunda Guerra Mundial en EEUU. Las causas principales: el aumento de sobredosis de opiáceos y de suicidios (La Vanguardia, 30/11/2018).

las desigualdades económicas se legitiman con el racismo y el desprecio hacia determinadas poblaciones. En el libro podemos leer que "el enriquecimiento actual de los hombres se ve poco afectado por los derechos de la mujeres" (p.153); pero por poco que ampliemos el concepto de "riqueza" o "recursos" veremos que la concentración de trabajos de cuidados en la mujeres "enriquece" a los hombres respecto a las mujeres en un juego que es también de suma cero.

Por último, el tercer tipo de desigualdad se refiere a la desigualdad de recursos en donde la desigualdad económica -y en particular de la renta- es el aspecto que ha generado más debate y estudios recientes, pero no es el único importante. Un recurso esencial es el acceso o no a la educación formal y la calidad de ésta pero también el apoyo de los padres, las desigualdades culturales, y las relaciones y contactos sociales. Aquí podemos ofrecer una muestra del estilo radical, sin concesiones, que en diversos momentos utiliza el autor: "en este mundo de capitalización extrema, a veces se denomina a las relaciones sociales "capital social", un término que cualquier académico decente debería evitar" (p. 60). No puedo estar más de acuerdo con el comentario.

El aspecto específico de la desigualdad de la renta es, por tanto, solo uno de los aspectos del análisis multidimensional del libro. Hay libros posteriores al comentado más actuales y centrados en este aspecto pero vale la pena señalar que el autor da datos muy relevantes y enfatiza hechos de los que no siempre somos conscientes. Así, muchos análisis están centrados en las desigualdades entre las medias de los países, pero las desigualdades de ingresos medios entre diferentes provincias de muchos países sudamericanos (como Brasil, Argentina o México) son mucho mayores que, por ejemplo, entre Bulgaria y los países más ricos de la UE o que entre Francia y Argelia (p. 63).

El autor ataca el énfasis liberal en el tema de la (des)igualdad de oportunidades en detrimento de la (des)igualdad de resultados y no solo por la multitud de factores que determinan grandes diferencias de oportunidades como las ligadas a factores de desigualdad (la familia, el género, la etnia, el lugar de nacimiento) y también la suerte. Incluso una sociedad con una utópica igualdad absoluta de oportunidades llevaría a resultados muy diferentes para la mayoría de la población dependiendo de factores estructurales (de las instituciones y las políticas) que determinan una mayor o menor desigualdad económica. En un sencillo ejemplo (cuadro 2, página 54) se imagina dos sociedades en las que todo el mundo tuviese idénticas posibilidades de situarse en cualquier peldaño de la escala social. Sin embargo, las dos sociedades son muy diferentes. En una (país A) la estructura de ingresos es similar a la de los países latinoamericanos más desiguales mientras en otra (país B) la estructura es similar a la de los países escandinavos. Su conclusión es: "Si elegimos de un modo racional puramente individualista, el 90% de nosotros estaría mejor situado escogiendo el país B que el país A, incluso descontando las mejores oportunidades para la confianza, la paz y la cooperación de la sociedad B" (p. 54). Como dice Therborn, "un liberal derechista empedernido" podría replicar que una mayor desigualdad incentiva el crecimiento que acaba favoreciendo a largo plazo también a los de abajo a lo que el propio autor replica que la economía del desarrollo más bien tiende a concluir lo contrario o al menos no está nada claro que una mayor desigualdad sea más favorable al crecimiento. Bien cierto, y a ello yo añadiría que es cuestionable la propia deseabilidad del crecimiento económico, al menos en los países ricos.

Muchos otros puntos son tratados en el libro como la definición de diversos mecanismos de creación de desigualdad. Así distingue entre la distanciaci3n (que tiende a ser acumulativa), la exclusi3n, la jerarquizaci3n y la explotaci3n. Se trata de una distinci3n sugerente pero que requeriría mucho más análisis. Por ejemplo, Therborn afirma "ni puede mantenerse el axioma de que todas las relaciones capital-trabajo son explotadoras" (p.66); uno se queda con las ganas de que profundice en el propio término explotaci3n y que justifique esta opini3n.

Para no alargar más esta recens3n iré directamente al último apartado del libro que se titula "la batalla decisiva por la orientaci3n de las clases medias". Therborn se refiere muy críticamente, y con mucha

razón en mi opinión, a algunos discursos actuales sobre las clases medias. Uno de ellos es el lamento por el sufrimiento de las clases medias en países como EEUU en donde precisamente lo que se está produciendo es una polarización social y un hundimiento de los ingresos sobre todo de los que ocupan los empleos más precarios. El otro discurso es la idealización de la creciente importancia de una clase media mundial de consumidores que se presenta "como la base social para una "economía sólida" y, en las versiones más ingenuas o cegadas por la ideología, como un "bastión de la democracia", como si nunca hubiera tenido lugar el golpe de Chile en 1973, el golpe abortado en Venezuela en 2002 o la rebelión de Tailandia de 2008, apoyadas por las clases medias de esos países" (p. 183).

Sin embargo, el autor expresa cierta esperanza en que buena parte de las clases medias se unan a la indignación contra las desigualdades. El libro se publicó en versión inglesa ya hace 5 años y seguramente estuvo muy influido por el contexto de las primaveras árabes y los movimientos de indignados y da mucha importancia al hecho de que "la oligarquía -del Wall Street neoyorquino al Moscú postsoviético, de Shanghái a Laos o a México- cuya riqueza procede no del duro trabajo productivo, el ahorro y el intercambio honrado, sino de contactos familiares o políticos, del juego y la elusión de las leyes y normas existentes, se ha desconectado de la clase media, no solo por su riqueza sino, sobre todo, por su comportamiento (...) Los oligarcas, el Uno por Ciento, han dejado abandonadas a las clases medias, y el "pueblo" está resucitando y ganando nuevas fuerzas, al menos en África, Asia y América Latina. Optar por un consumismo exclusivista de clase media en lugar de una convergencia con el pueblo es una apuesta arriesgada". Y pocas líneas más tarde acaba el libro con las frases: "La batalla está a punto de comenzar. Nadie sabe como va a terminar. ¿En qué lado piensa usted situarse"(p. 189).

Han pasado muy pocos años desde que se escribieron estas líneas. El futuro está ciertamente abierto y se podrían encontrar evoluciones muy diferentes a lo ancho del mundo incluyendo interesantes movimientos de izquierdas transformadoras pero no se puede ser muy optimista dado por ejemplo cómo se frustraron en muchos casos las esperanzas democratizadoras de las primaveras árabes.

Visto desde el privilegiado mundo rico, en el actual contexto de crisis ecológica y profundas desigualdades, hay que denunciar desde luego la acumulación del "uno por ciento" pero lo que se requiere no es solo luchar contra los privilegios de esta minoría sino también que una parte importante de la población renuncie a unos estilos de vida no generalizables e insostenibles que son imitados por sectores minoritarios pero crecientes de la población mundial. Lo que más inquieta es el repliegue de cierre de fronteras y el impacto social -y no solo en las clases medias sino también en gran parte del "pueblo"- de los discursos xenófobos. En el lenguaje de Therborn, quizás podríamos decir que, como frecuentemente ha pasado, la desigualdad existencial se exagera para mantener la desigualdad económica.